

LLAMADAS DE EMERGENCIA

LA desaparición, supongo que no por casualidad, se produce el día de nuestro primer aniversario. Nada más entrar por la puerta, mi mujer y yo notamos algo extraño en casa. Antes incluso de habernos quitado los abrigo, nos damos cuenta de que al final del pasillo, justo donde antes estaba la sala de estar, ahora hay una pared de la que cuelga una litografía de Kandinsky. Y aunque ambos somos grandes enamorados de la pintura abstracta, y a ambos nos entusiasma Kandinsky, la desaparición de un lugar que –ahora nos damos cuenta– había llegado a convertirse en un apéndice de nuestras vidas nos quita las ganas de seguir celebrando nada. ¿Qué se puede celebrar cuando la sala de estar de tu propia casa –no un simple cuarto de planchar, ni siquiera un cuarto de invitados–, allá donde has pasado tantas tardes, donde se acumulan tantos recuerdos y tantas fotografías, se desvanece así como así? Ninguno de los dos entendemos cómo una habitación de ese tamaño puede haber conseguido salir por la puerta ni atravesar el pasillo sin provocar desperfectos. No entendemos cómo una sala de estar llena de tantos cacharros, con una televisión a cuestas, puede evaporarse sin dejar rastro. Alarmada, mi mujer llama a los bomberos, pero desde el otro lado del teléfono un sargento le explica con buenas palabras que, aun suponiendo que no se trate de una broma de mal gusto –lo que todavía está por ver–, sólo podrían acudir a nuestra casa en caso de que la habitación estuviera en llamas.

—Algo que, a juzgar por sus palabras, no parece el caso.

Yo, que insisto en pensar que sólo se trata de un accidente, llamo al Departamento de Objetos Perdidos del Ayuntamiento, pero el encargado del almacén me informa de que no hay ninguna habitación como la que he descrito, que en la base de datos tampoco consta que en los últimos años se haya perdido un objeto remotamente semejante y que, en fin, si lo que quiero es una opinión sincera —si de verdad quiero una opinión sincera: algo que su experiencia le ha enseñado que es menos frecuente de lo que parece—, no ve nada probable que alguien llame en las próximas horas avisando de su aparición.

—Porque, dígame, ¿llamaría usted? —me pregunta con retintín—. ¿Puede jurar que llamaría de encontrarse una sala de estar tan cómoda como la que acaba de describir? Con la mano en el corazón, ¿me asegura que sería tan honrado de devolverla a sus legítimos propietarios?

No lo sé. A decir verdad, ni mi mujer ni yo podemos asegurarlo. Como nunca se nos ha presentado el caso, como nunca en esta vida hemos tenido la suerte de encontrar algo de interés, como en el fondo no somos más que una pareja de desgraciados, nos sentimos incapaces de responder con la rotundidad que el funcionario requiere. Y si esto nos ocurre a nosotros, ¿qué no puede pasar por las cabezas de los demás? Tantas dudas e interrogantes acaban por deprimirnos a los dos. Tratamos, sí, de mantener la calma. Nos pasamos la noche repitiéndonos que una habitación con tantos muebles no puede haber ido demasiado lejos, que posiblemente se encuentre a pocas manzanas de aquí y que sólo es cuestión de que alguien dé la voz de alarma. Pero no podemos evitar preguntarnos por los motivos que han llevado a la sala de estar a marcharse, no podemos dejar de preguntarnos por qué incluso se ha negado a dejarnos una nota en la puerta

del frigorífico. Un comportamiento que, se mire como se mire, y sea provisional o permanente la desaparición, nos parece humillante y, considerando que llevábamos un año de convivencia, de lo más desagradecido. Furiosa, pasadas las cuarenta y ocho horas de rigor, mi mujer llama a la comisaría, pero una teniente lamenta informarnos de que, legalmente hablando, sólo pueden considerar desaparecidas a las personas, no las habitaciones, y que por tanto sólo podrían ayudarnos si con ella hubiera desaparecido, por ejemplo, un invitado.

—Cualquier invitado —aclara—. Ahí no hacemos diferencias.

No menos indignado, llamo a varias empresas de mudanzas para averiguar si últimamente han transportado o recibido el encargo de transportar una sala de estar parecida. Pero aunque describo con pelos y señales el color del suelo, la lámpara del techo y los cuadros de las paredes, la mesa camilla y el sofá cama, todas esas empresas me acaban contestando lo mismo: que bastante duro es su trabajo, bastante humillante es cargar a cuestras con las casas de otros, para encima tener que atender llamadas como la mía, llamadas de graciosillos en las que se vende la desaparición de una simple sala de estar como si fuera una tragedia cuando hay desgracias mucho más graves que la nuestra.

—Graves, sí, ha oído bien. Graves de verdad. Graves hasta un extremo que usted, ni en sus peores sueños, sería capaz de imaginar —me dicen antes de colgar.

A qué clase de desgracias se refiere, tampoco tenemos ni idea. Lo que somos nosotros, jamás habíamos oído algo tan raro como lo que nos ha ocurrido. Pero siguiendo su consejo, a fin de superar la sensación de soledad que siempre provoca la desaparición de una parte de casa, la semana siguiente tratamos de empaparnos del máximo número de